

XVIII

La fusión de las frondas

Hacia 1856 no había en Chile partidos organizados; es éste un fenómeno que va entonces a iniciarse.

Los "liberales" de 1849 constituyen un grupo bastante reducido, y que no afirma su existencia por una acción política continuada de estilo moderno. Son poco más que individualidades dispersas y desalentadas; carecen aún de raíces en el país, y no han organizado siquiera una campaña de opinión. En Santiago, subsisten los frondistas, pero no la fronda.

Tampoco se les hostiliza: se prescinde lisa y llanamente de ellos. Don Manuel Montt, mal dispuesto a reconocer personería a sus propios amigos como "entidad política independiente del Gobierno", menos podía reconocerla a sus adversarios. He ahí la característica del decenio; lo que se ha llamado su inflexibilidad.

Los hombres que comprendan mejor la noción nueva de partido que iba insinuándose lentamente en el alma de la clase dirigente, como don Manuel Antonio Tocornal, por ejemplo, hubieran deseado una política de acercamiento hacia los hombres separados en 1849 de la gran colectividad conservadora: estimaban que ello garantizaría la paz del porvenir. Pero no nos cansaremos de repetirlo: la idea de que el Gobierno se fundaba en partidos, era casi extraña a la mentalidad del Presidente. Aún cuando el círculo más fiel de sus amigos se organizó políticamente, don Manuel Montt no les reconoció personería, sino en forma indirecta, y valiéndose de eufemismos (1).

Desde 1858, los nacionales contaron con gran mayoría en ambas Cámaras, y desde marzo de 1861 con la casi to-

(1) "Los que miran la prosperidad nacional en la armonía de la libertad y del orden". (Mensaje Presidencial de 1860).

talidad de ellas: sin embargo, el señor Montt continuó manteniendo en su Gabinete a un Ministro afecto a los conservadores descontentos: el general García.

En los círculos frondistas de la capital se hacía una oposición de salón encabezada principalmente por don Domingo Santa María y don Federico Errázuriz. El primero, hombre de gran inteligencia, buen conocedor del mundo, diestro en insinuarse, aristócrata de temperamento, autoritario en sus ideas y dotado de perseverante energía y de activa ambición, contribuyó bastante, según se dice, a enardecer el descontento de los pelucones.

Más adelante, cuando estalló el conflicto del sacristán, cupo a don Federico Errázuriz un papel análogo en el mismo género de guerra. Deudo próximo del Arzobispo, fervoroso católico, y muy bien ligado con los círculos más rancios de la aristocracia santiaguina, Errázuriz apenas era inferior a Santa María en talento y carácter, y le sobrepujaba en audacia y decisión.

Durante los días de intensa alarma del conflicto teológico, ese joven fué en realidad la cabeza oculta pero activa de la agitación, y desde ese momento puede decirse que la "fusión" liberal-conservadora quedó sellada en las almas.

La inteligencia entre la fronda whig de 1849 y la fronda tory de 1856 fué casi un fenómeno espontáneo; hasta tal punto parecían idénticos el espíritu que las animaba y sus intereses. La altivez independiente de la vieja sociedad aristocrática volvía una vez más por sus fueros, para reclamar en el Estado un rango más activo que la de colaboradora sumisa y silenciosa del poder absoluto. Se habían ya disipado en gran parte los terrores que por cerca de treinta años la mantuvieron en la obediencia, y en cambio nuevos peligros parecían amenazar ahora algunas de sus tradiciones más caras. La candidatura de un hombre a quien rodeaba un cortejo sospechoso de regalistas o librepensadores, y a quien equivocadamente se suponía hostil a los magnates, era el más inminente de esos peligros. El deseo de una política más amplia de influencias colectivas constituía también el fondo de las aspiraciones "liberales" de la época. Así es que, tanto los unos como los otros, obede-

cían, sin darse cuenta exacta de ello, al impulso de un gran movimiento espiritual, cuyo resultado sería en lo futuro la evolución paulatina de la antigua forma política hacia el gobierno de los partidos, hacia la oligarquía parlamentaria.

Las aristocracias todavía fuertes son raras veces sinceramente absolutistas: aceptan sólo por necesidad e impulsadas por el miedo, la dominación de un poder superior a ellas mismas. El liberalismo parlamentario es la forma que se adapta mejor a la idiosincrasia oligárquica, sobre todo desde que un aumento de la riqueza o de la cultura, las independiza moralmente y estimula su orgullo.

En lo que respecta a régimen político, existía, pues, en 1856, mucho más parentesco de lo que parece, entre las ideas "conservadoras" de un Tocornal y las ideas "liberales" de un Santa María. Las diferencias eran más bien de formas jurídicas, de tradición constitucional, que de fondo.

En cuanto a los ultramontanos, nada los ligaba especialmente al mantenimiento integral del antiguo orden de cosas. La gran crisis de la época moderna consiste en la rebelión del alma social contra las antiguas fuerzas espirituales de la cultura. Los cambios de las formas de Gobierno son un incidente y quizás de orden secundario, ligado estrechamente con esa crisis, pero que no constituye su esencia. Son un efecto más que una causa.

La Iglesia, fuerza conservadora **espiritual**, ha visto siempre este problema bajo sus aspectos más amplios y más hondos: las formas políticas le son mucho más indiferentes de lo que se creyó por muchos hace tiempo. Su alianza con los gobiernos tradicionales, el famoso pacto entre el altar y el trono quedó roto, desde que el poder público se tiñó de tibieza u hostilidad hacia las creencias. De allí el "ultramontanismo", la lucha por la independencia de la Iglesia, que surge junto con los gobiernos neutros o irreligiosos a estilo burgués.

No se trataba de una vulgar maniobra política, de un cambio de frente utilitario. Ante el interés superior de la Iglesia, ante su modo de comprender el orden social y religioso, los problemas que interesan a la armonía de los po-

deres, a la organización técnica del Estado, son de un carácter subalterno. El clero quiere sí conservar tanta independencia y libertad de acción como sea posible, frente al poder laico, indiferente u hostil. Por eso, en casi todo el mundo, el ultramontanismo ha sido liberal en lo que respecta a las "formas" políticas; si algo desea, es quizás el debilitamiento del Estado, convertido en fuerza rival, aliada muchas veces a sus adversarios. Bajo el segundo Imperio, el ultramontanismo francés fué liberal, y hoy mismo en Alemania, el centro católico es republicano, enemigo de la monarquía protestante o cientifista. Por eso en España se da a los ultramontanos el nombre sugestivo de neo-católicos para marcar su política diametralmente opuesta a la de los viejos católicos "tradicionalistas".

La noción que identifica al "católico militante" con el absolutista, pertenece a una época anterior.

La gran revolución religiosa de Occidente se había iniciado también en Chile, como antes lo hemos recordado; pero su centro espiritual no se encontraba entre los frondistas de 1849, ni quizás en partido alguno. Era informe y espontánea todavía. Entre los liberales, Lastarria la representaba bastante bien; pero se conoce la actitud ambigua e indecisa de este pensador frente a los acontecimientos que dieron origen a la "fusión". Si algo aparecía teñido entonces de anticlericalismo, era el grupo gobiernista que rodeaba a Varas.

Ni los pelucones ni los ultramontanos estaban, pues, en el caso de disputar con los liberales, por detalles de técnica constitucional, y estos últimos no insistieron tampoco mucho a este respecto: al fin y a la postre, hubieran encontrado menos resistencia de la que ellos mismos imaginaban.

Los elementos de la fusión de 1857 eran, pues, "afines" aunque no "idénticos". Todos se sentían obscuramente impulsados por el mismo movimiento histórico: el ansia de independencia de las fuerzas sociales directivas, cuyo resultado final, pero todavía lejano será el predominio del régimen oligárquico sobre el poder absoluto. Existían, es cierto, en determinados círculos o individuos de las frondas, ideas o propósitos de otra índole: un sincero doctrina-

rismo republicano-democrático en unos pocos, la defensa religiosa como finalidad única, en muchos más. Pero el enemigo común de todos era, por entonces, el Poder. Algo de eso lo veremos reproducido en 1891.

Los pelucones descontentos llevaban a la fusión su poder social, el número, la fortuna y las posiciones parlamentarias que ocupaban; los "liberales" de 1849, la juventud, la inteligencia, la audacia. Por la fuerza de las cosas, estos últimos iban a tomar antes de mucho la dirección espiritual y oficial del movimiento; y, cuando algunos años más tarde, los progresos de la revolución religiosa y del espíritu del siglo, produzcan el dislocamiento de la fusión, el clericalismo va a encontrarse frente a sus aliados, en una situación igualmente desventajosa a la que lo había llevado al rompimiento con el Gobierno de don Manuel Montt.

Pero ello no podía ser previsto aún en 1857.

XIX

La evolución de 1861

En el viejo Chile, como en la España constitucional, la única fuerza electoral efectiva era el Gobierno: sobre este hecho práctico reposó por sesenta años y hasta 1891 la República "en forma". De todos los partidos pudo decirse entonces y, sin exagerar demasiado, lo que en la época de Balmaceda se achacaba a los círculos liberales opositores: eran "estados mayores sin soldados", agrupaciones formadas por grandes nombres sociales o plutocráticos, por prestigios políticos o intelectuales, pero cuya influencia efectiva era muy escasa sobre el electorado inerte. Para vencer en las urnas necesitaban, antes, apoderarse del ministerio de la "gobernación", de la autoridad presidencial, ni más ni menos que en Madrid.

La fusión de las frondas sabía o sospechaba aquello en 1857. Por más que el sucesivo alejamiento de muchos im-

portantes personajes pudiera aparecer a primera vista como anuncio de debilidad o derrota para el Gobierno de don Manuel Montt, entonces, como treinta años más tarde, en 1891, las elecciones habrían consagrado en todo caso, el triunfo indiscutible del Gobierno: la fábrica de Portales era demasiado sólida y subsistía aún casi intacta.

La masa del pueblo no era entonces más revolucionaria que en 1891, y el ejército se manifestaba disciplinado y obediente: Loncomilla había sido la tumba del caudillaje. Por eso los procedimientos de la "fusión" fueron casi los mismos que los del cuadrilátero bajo Balmaceda. Quiso imponerse primero por medio de los recursos parlamentarios y, usando de ellos apoderarse **legalmente** del poder. La Constitución de 1833, tan motejada de absolutismo, fué, sin embargo, durante casi todo el largo período de su vigencia, el instrumento más eficaz de la fronda contra la autoridad presidencial. Ella consagraba, en realidad, la preponderancia del Congreso: su forma jurídica era parlamentaria, y por tanto oligárquica. No olvidemos que fué obra de don Mariano Egaña, un monarquista a la inglesa.

En 1856 y 1857, la peluconería "de grueso calibre", como se decía entonces, habría preferido, sin duda, una inteligencia amistosa con el Presidente, quien, como se probó más tarde, estaba mucho menos lejos de ella de lo que pudiera creerse y, en una actitud análoga a la de Balmaceda frente a los conservadores en 1890. Pero en ambas ocasiones, los espíritus más enérgicos y frondistas se impusieron a la timidez e inercia de los más. Tocornal desempeñó en 1856 un papel análogo al de Irrázaval y Cifuentes en 1890. Fué al menos el instrumento del acuerdo de combate con los liberales de 1849. La actitud de ese hombre tan moderado de formæ. cerró el camino a los avenimientos. Montt, como Balmaceda, quería imponerse a los partidos; buscaba colaboradores y no amos. Tocornal e Irrázaval, representantes ambos del conservantismo oligárquico, independiente y devoto, no pudieron, el uno como el otro, sino resistir hasta el último extremo.

El arma más eficaz de la fusión era la mayoría del Senado: esto es un elemento parlamentario, también como en

el caso de la coalición de 1890. Sabían los fusionistas que el Presidente era esclavo de la legalidad: creyeron, pues, que podrían imponerse, esgrimiendo los recursos constitucionales que tenían en mano. La ley de amnistía fué como una primera intimación antes de iniciar el fuego. En agosto de 1857, el Senado declara que no discutirá los Presupuestos mientras no se organice un Ministerio de "garantía"; era ya sin ambages el régimen parlamentario que se insinuaba después de los ensayos tímidos de 1849; era el presagio de otro voto casi idéntico en julio de 1890.

Don Manuel Montt quiso dimitir; según sus propias palabras, "no podía gobernar sino de acuerdo con los principios de toda su vida". Se decidió por fin a luchar pero dentro de la legalidad. Su calma imperturbable, su tranquila energía, hacen contraste en esos momentos críticos con la nerviosa impetuosidad de Balmaceda, en una situación análoga. El paralelismo entre los acontecimientos de ambas evoluciones, se conservó, sin embargo. El Ministerio Urmeneta equivale al Ministerio Prats, en su gestación, en su espíritu, hasta en el carácter y situación de los hombres que lo formaban.

Pero don Manuel Montt, en 1857, se sentía más seguro de su influencia presidencial que Balmaceda treinta años más tarde. Tuvo, además, el tacto o la fortuna, de conseguir el despacho de las leyes de subsidio, **durante la tregua**: con ello la oposición quedaba legalmente desarmada hasta después de las elecciones. Los Ministros no tardaron en comprender que era al Presidente y no a ellos a quien el país iba a **obedecer** en los comicios; los más comprometidos con la fusión se retiraron, pues, casi por las mismas causas que Prats y sus colegas treinta años más tarde; pero dejaban al Presidente dueño no sólo del poder sino de la legalidad constitucional.

Las elecciones de 1858 fueron **materialmente** libres, sin embargo. El Gobierno se limitó a expresar su deseo, y no necesitaba más. Los amigos de Montt y Varas, que ya habían adoptado el nombre de "nacionales", triunfaron en toda la línea. Otro tanto habría ocurrido con los partidarios

de Balmaceda si éste hubiera conseguido llegar hasta marzo de 1891, dentro del régimen legal.

Hubo, pues, un abismo **jurídico** entre las revoluciones de 1859 y 1891. Fuera de esta circunstancia, verdaderamente transcendental para un país "en forma", y de espíritu legitimista, ambas se parecen. Ninguna de ellas fué verdaderamente popular, de barricadas o movimientos de la plebe ciudadana; ni fueron tampoco pronunciamientos militares como la de 1851; en una y otra ocasión el ejército se mantuvo disciplinado y obediente: faltó, sí, a la primera una "marina", de formación inglesa, inspirada en el sentimiento de la legalidad y en el del Gobierno libre, y trabajada por influencias frondistas a estilo whig. No obedecieron tampoco esas revoluciones a un movimiento espiritual, democrático de las masas. Los mineros de Copiapó que formaron el ejército de Gallo, las montoneras semif feudales del centro en 1859, no eran más espontáneamente rebeldes que los trabajadores salitreros, la carne de cañón de 1891.

Ambas revoluciones se parecen **también en el desenlace, porque ambas triunfaron**, aunque la primera fuese derrotada aparentemente en los campos de batalla. Los accidentes, y tales suelen ser las más brillantes victorias militares, no tuercen el curso fatal de la historia. En Actium fué vencido Antonio, pero no la monarquía, que era entonces el porvenir, y Augusto fué a **pesar suyo**, el primero de los emperadores; en Waterloo triunfó Wellington, pero no la Europa **tradicional** a despecho de las apariencias. No fué tampoco el liberalismo burgués y democrático de Occidente el vencedor real de 1918.

Bajando de lo geográficamente grande a lo geográficamente pequeño, en 1859 triunfó don Manuel Montt, pero no en el absolutismo presidencial. Montt tuvo en Cerro Grande "un general" que faltó a Balmaceda en La Placilla; pero ambos luchaban contra una transformación histórica inevitable, y la idea del uno y la del otro fueron las dos prácticamente vencidas.

Se había producido un fenómeno moral superior a todas las ideologías y a las más poderosas voluntades huma-

nas. La sociedad dirigente de Santiago, en sus elementos sociales e intelectuales, sentía ahora la conciencia de su fuerza colectiva. En forma obscura y casi espontánea comenzaba a condensarse en corrientes políticas o espirituales, más poderosas que la anticuada sumisión incondicional. En Santiago, cada cual, quiéralo o no, era ya miembro de un partido, de un grupo. Los propios nacionales estaban en ese caso, al igual que los otros. Ellos o los "fusionistas" iban a vencer y a gobernar con el futuro Presidente.

De allí que la evolución de 1861, si no consagró como la de 1891, el predominio absoluto del régimen de partidos, fué, sin embargo, una etapa en ese mismo camino.

Don Manuel Montt, inflexible en su fidelidad a la vieja tradición, era quizá el único hombre en Chile que no hubiese participado del movimiento. Como Presidente de la República no quería ser el jefe del partido nacional, aunque en realidad lo fuese. Al desahuciar en su mensaje de 1860 la candidatura de Varas y la de cualquier otro de los nacionales militantes, lo hizo, porque en su concepto el poder debía "colocarse más alto que los intereses de círculo". Sin embargo, la solución que impuso, que fué la más conservadora posible, no evitó que la evolución se produjera: iba a comenzar de todos modos el gobierno, ya que no de los partidos, al menos **con los partidos**. La misma elección de Varas no habría cambiado radicalmente el fondo de los sucesos, sino sólo los accidentes y las personas.

Don Manuel Montt, aunque no reconocía a los partidos como elemento de gobierno, buscaba, sin embargo, ante todo, la reconciliación de las viejas fuerzas conservadoras. Las dificultades con que se tropezó para encontrar un candidato, prueban cuán difícil si no imposible era realizar ese pensamiento. Otro espíritu y nuevas tendencias agitaban las almas. Ningún hombre de temperamento e ideas definidas, ni aún en el sentido del común pasado, pudo conseguir la doble aceptación de nacionales y pelucones.

Estos tropiezos dieron nueva vida a la candidatura de don Antonio Varas, que los nacionales nunca se habían resignado sinceramente a abandonar; pero el heroico des-

prendimiento de este ilustre estadista imposibilitó aquella solución de combate. Varas declaró que se expatriaría si era elegido contra su voluntad, como hubo el pensamiento de hacerlo.

El Gobierno designó entonces candidato, por el órgano del partido nacional, a un antiguo pelucón, ya en los umbrales de una ancianidad robusta, don José Joaquín Pérez. Era uno de esos hombres de tipo netamente chileno, "que no son una amenaza para nadie", sensato, circunspecto, un tanto socarrón, nada sentimental, amigo de su tranquilidad y con sus ribetes de egoísta. Había servido con inteligencia a todos los Gobiernos desde la época de Portales, y, aunque pertenecía más bien a la derecha conservadora, se mantuvo fiel a la administración cuando la fronda de 1857.

Por sus tendencias representaba bastante bien el pensamiento conciliador y tradicionalista de don Manuel Montt, y su carácter parecía el más a propósito para realizarlo.

Todos los partidos le aclamaron entusiastas a su advenimiento; pero esos vítores unánimes no eran síntomas de conciliación ni de paz en las almas. Ambas facciones esperaban hacer del nuevo Jefe de Estado un instrumento de dominación exclusiva, y antes de ceñir sobre su pecho la banda tricolor, don José Joaquín Pérez no ignoraba ya que tenía que elegir entre ser el Presidente de los nacionales o el Presidente de la fusión.

Una nueva era, la del gobierno presidencial de partido iba a iniciarse en la historia de Chile.

XX

Las tres etapas de la República "en forma"

El sometimiento moral de la masa del país a la autoridad del Gobierno; la restauración del espíritu tradicional monárquico bajo la República, tal fué el milagro operado en 1830 por la genial iniciativa de Portales. La aristocra-

cia misma fué sometida a la común obediencia: sus orgullosas tendencias frondistas y dominadoras se habían debilitado ante el espectáculo de la anarquía militar y de los tumultos callejeros, y vino a prevalecer en ella el instinto conservador, el deseo de tranquilidad, la defensa de sus intereses. Algo de eso sentían los escritores revolucionarios cuando señalaban "el egoísmo y el miedo de los dirigentes" como el fundamento más sólido del absolutismo.

Pero esos terrores fueron disipándose a medida que la República "en forma" adquirió estabilidad. Los progresos de la fortuna y de la ilustración iban también alentando poco a poco la independencia intelectual y material del patriado. La obediencia pasiva se transformó primero en apoyo activo, que no por ser unánime dejaba de presentar síntomas de partidarismo político, como en la "Sociedad del Orden" de 1846. Más adelante, y desde 1849, el espíritu de fronda se acentúa y en 1861 era ya imposible prescindir de él por completo: los Gobierno habían de contar en lo sucesivo con los partidos, apoyarse decididamente en los grupos o tendencias espirituales que dominarán en la futura oligarquía.

Desde el punto de vista de los progresos sucesivos de ese movimiento de emancipación de los círculos políticos y sociales de Santiago, la historia de nuestra República en "forma", puede dividirse en tres períodos o etapas, de igual duración. Durante la primera (1830-1860), se gobierna **sobre** los partidos: en realidad, puede decirse que éstos no existen todavía. Durante la segunda (1860-1890), se gobierna **con** los partidos: hay una especie de equilibrio, no siempre estable, entre la autoridad presidencial y los círculos en que se apoya. Durante la tercera (1890-1920), la autoridad presidencial desaparece casi, y los partidos gobiernan solos: es el período clásico de la oligarquía parlamentaria.

Los pensadores políticos del siglo pasado, los teóricos de la realización práctica de la República y de la democracia, no habían previsto ni la naturaleza ni la dirección de esas transformaciones del fondo de nuestro régimen. Ellas se operaron espontáneamente, y con independencia de las

reformas en la técnica constitucional escrita, y en un sentido más oligárquico que democrático.

Mi propósito no es recordar en detalle los accidentes de estas grandes transformaciones históricas, sino presentarlas en sus líneas generales de conjunto, y tratando de comprenderlas, en su realidad de fondo, pero no de juzgarlas. Así, pues, salvo para las épocas de crisis (1830, 1860, 1890, 1920), prescindiré en adelante como lo he hecho hasta ahora, de la crónica diaria de la política, durante los períodos intermedios y de relativo reposo. Será, sin embargo, necesario para la cabal inteligencia del conjunto recordar, para la segunda etapa de la República en forma, algunos mayores detalles que para la primera, porque su historia es en sí más movida y complicada. Trataré, sin embargo, de no sacrificar demasiado la concisión periodística.

Don José Joaquín Pérez, al subir a la Presidencia, se encontró frente a una clase dirigente dividida en círculos, con opiniones propias, perfectamente definidos, y vigorosamente organizados. No era ya posible ignorar este hecho y el nuevo Gobierno no pudo prescindir de él, aunque tímidamente hizo algunos esfuerzos por intentarlo.

Los nacionales, dueños de la Administración y del Congreso, poseían además un brillante estado mayor, compuesto en parte de notabilidades aristocráticas o financieras, pero en el que dominaban los juristas y los hombres de administración. Los fusionistas arrastraban, en cambio, tras de sí al núcleo de la aristocracia devota y tradicional, y como elemento de acción contaban además con algunos de los políticos más hábiles y prestigiosos de la época: la intelectualidad, aún la que figuraba en el cortejo "montt-varista" era en general favorable a un cambio de régimen, o por lo menos, no se avenía ya bien con la antigua tradición: entre los liberales de 1849, y los futuros reformistas, entre Lastarria y Amunátegui, por una parte, y los Arteaga, los Reyes, los Zenteno, por la otra, existía cierto parentesco espiritual. Las nuevas orientaciones de la política iban muy luego a poner en contacto a esos hombres que habían militado en opuesto campo durante la pasada crisis.

Pérez no ignoraba que la enorme fuerza electoral y

parlamentaria de los nacionalistas. no les pertenecía en realidad a ellos "como partido", sino al Gobierno. A este respecto, la masa del país y de las provincias, no habían cambiado **gran cosa** desde 1830: los movimientos espirituales accesibles al vulgo, en especial el liberalismo teológico, no denunciaban aún su futuro prestigio popular, y este género de sentimientos estaba, además, compartido entre fusionistas y nacionales.

Fue, pues, natural que Pérez deseara ampliar su base de apoyo oligárquico, porque esta era la única fuerza política viva que existía además de la incontrastable del Gobierno mismo. Su primer Ministerio, formado de dos nacionales bastante opacos y de tendencia tradicional, de un Obispo nada ultramontano, pero al fin de cuentas, prelado y sacerdote, y de un militar, puso bastante empeño en conciliarse a los adversarios de la anterior Administración. Estos últimos por su parte contribuyeron con sus aplausos al Presidente y con su hábil política de mostrarlo reaccionando contra el **exclusivismo** anterior, a teñir cada uno de sus actos con el color de una traición a sus antiguos "correligionarios". Gobernar sobre los partidos y con prescindencia de ellos era ya empresa imposible. La oposición "montt-varista" se fué acentuando insensiblemente en la Cámara, y el Ministerio, impotente para conciliar lo inconciliable, hubo de retirarse.

Ese momento fué decisivo, si no para el curso general de la historia, a lo menos para los grupos y hombres que actuaban entonces. La renuncia de Alcalde era el fracaso de la conciliación de los partidos, soñada por don Manuel Montt. Había ahora que elegir, como ya lo recordaba en el artículo anterior, entre el "montt-varismo" y la fusión. El Presidente tuvo en sus manos la solución del conflicto. Era el árbitro supremo: allí donde se inclinara su voluntad, allí estarían el éxito y el mando, allí los votos del país electoral, allí la adhesión de las masas incoloras e indecisas, en Santiago y en las provincias, desde el magnate gobiernista ante todo, hasta el último subdelegado rural.

Pero eso sí: era necesario elegir entre las fuerzas polí-

ticas activas. Sin ella, el poder presidencial ya no podía vivir de su propia virtud.

Muchas circunstancias contribuyeron a inclinar la balanza en favor de los fusionistas. El Presidente, magüer su actitud gobiernista en el último decenio, pertenecía sobre todo a la tradición social pelucona: sus "correligionarios", como él llamaba sarcásticamente a los nacionales, aunque contaban con elementos de importancia en la oligarquía, aparecían menos poderosos e influyentes que sus émulos en los salones de Santiago; su personal intelectual y de Gobierno era formidable, como el porvenir iba a probarlo después de 1875 a pesar de largos años de ostracismo, pero ese personal, era todavía "nuevo" en 1862. Hombres como Novoa, Sotomayor, Silva, Reyes, Matte, Fierro, Barros Luco, Zegers, Barceló, Vergara, Balmaceda, Zenteno y tantos otros que iban a figurar más tarde en primera línea durante el período "liberal", eran entonces improvisaciones muy discutidas en los estrados aristocráticos, y algunos de ellos sólo brillantes esperanzas. La falange frondista de 1849, aunque mucho más reducida en número e inferior en preparación administrativa, contaba sin embargo también con algunos hombres de primera línea y con la enorme ventaja de tener de su lado el apoyo de la peluconería frondista y devota, y, por tanto, un ambiente más favorable en los círculos de la alta sociedad.

Además, colocado el Presidente Pérez entre hombres que diariamente le aclamaban como pacificador de la República, y la hostilidad apenas encubierta de sus antiguos correligionarios que se creían con derecho de exigirle todo y llamaban traición a cada una de sus complacencias, no era sino muy natural que se decidiera antes de mucho por los primeros.

Así, no fué una sorpresa sino para muy pocos, cuando, al caer derrumbado el Ministerio Alcalde en 1862, Pérez organizó en su reemplazo uno decididamente fusionista, presidido por don Manuel Antonio Tocornal, el jefe más prestigioso de la fronda tory, don Domingo Santa María representaba en él a los frondistas liberales de 1849, y don Mi-

guel Güemes al elemento ultramontano; un militar completaba el Gabinete, según la tradición de la época. (1).

Con ese Ministerio se inició en Chile "el Gobierno presidencial de partidos". Los círculos políticos dominantes continúan reconociendo la alta y superior autoridad del Jefe del Estado; pero ejercen sobre ella una influencia creciente, y, con el transcurso de los años, la masa del país se irá poco a poco habituando a la idea de fuerzas sociales más o menos libres, oligárquicas si se quiere, pero que al principio van a ser contrapeso, y más tarde destruirán el formidable poder presidencial.

No debe confundirse el régimen iniciado en 1862 con el parlamentario, que vendrá más adelante: el Presidente en 1862 era **todavía** el árbitro supremo de los partidos. El Congreso de entonces estaba compuesto casi en su totalidad de nacionales, y esta circunstancia no evitó el cambio de rumbo.

Tal es el hondo sentido de la transformación que se **había ido operando** desde 1849, y que se completa en 1862. Ahora el Gobierno no es sólo el Presidente: al lado de él está la fusión, que no es ya la obediencia pasiva, sino una alianza de círculos aristocráticos o intelectuales, con tendencias e idealidades propias y cuya unidad no será tampoco eterna.

Otro fenómeno espiritual cuyos oscuros orígenes hemos antes insinuado, comenzaba a producirse en la masa del país. El conflicto teológico va a popularizar la política, y en adelante los hombres de Gobierno, los directores de la opinión tendrán que tomar en cuenta, cada día más, las fuerzas espirituales nacidas del choque entre la tradición religiosa y social, y el espíritu de los tiempos modernos. Es este un conflicto en las almas, de que todas participarán hasta cierto punto, y no podríamos hacer comprender siquiera las futuras evoluciones de nuestra política, sin dete-

(1) Durante los primeros días de ese Ministerio, don José V. Lastarria ocupó la cartera de Hacienda; pero luego hubo de ser reemplazado por Santa María; el espíritu de Lastarria no era, evidentemente, el de la fusión.

neros por un momento en la difícil tarea de precisar la naturaleza y alcance de esa revolución moral.

XXI

La Religión Liberal

Es maravilloso cómo pudo Copérnico descubrir el verdadero sistema del mundo; porque el movimiento "que nos lleva" es el que menos sentimos y el que peor comprendemos. En ferrocarril o en barco, el viajero percibe las trepidaciones y vaivenes, pero no la fuerza del avance, ni mucho menos su sentido. Algo semejante ocurre con las sociedades y la historia.

La gran revolución espiritual de los tiempos modernos es todavía un arcano impenetrable. Vemos perderse poco a poco en las brumas de lo que fué, las creencias, la filosofía, las instituciones de la vieja cultura europea, y no divisamos aún los contornos siquiera imprecisos de la tierra hacia la cual navegamos. Nuestro escepticismo de hoy se parece al "terror de alta mar". El mundo ha llegado a uno de esos momentos solemnes en que la fe de los más atrevidos nautas vacila, y en que cada cual se pregunta si el derrotero que nos lleva con fatalidad inflexible, conduce a otra parte que al caos y a la muerte.

Hemos visto derrumbarse el pasado piedra a piedra; pero nada parece levantarse en su lugar. Comenzamos a considerar el camino recorrido sólo bajo el aspecto de una serie no interrumpida de **negaciones**.

En épocas como la actual es casi imposible darse cuenta del espíritu valiente y confiado de los tiempos de fe, cuando **todos** veían alejarse la ribera que dejaban atrás, sin miedo, palpitantes de entusiasmo y con el alma henchida de ilusiones; cuando se creía en el porvenir.

La fe absoluta en el progreso indefinido domina el alma del siglo XIX. ¿Y cómo podía ser de otra manera? El

rápido y triunfal avance de los conocimientos científicos, las maravillas de la técnica, las fuerzas de la naturaleza dominadas por el genio del hombre, los misterios del universo reducidos a leyes o teoremas por la razón matemática o las experiencias de laboratorio, todo a nuestro alrededor entonaba un himno al progreso. El testigo de tales maravillas no pudo contemplar el pasado sino con desdeñosa lástima y el futuro como la tierra de promisión.

Esa fué la verdadera religión de nuestros padres. **Todos** creían en ella. En el orden político y social como en los demás, todos querían avanzar. El conservador era más tímido y prudente, el radical más atrevido. De lo que se iba dejando atrás, los unos querían guardar este jirón, los otros aquél; pero el movimiento en su conjunto era universal e incontenible.

Para Macaulay, los whigs y los tories no eran sino los partidarios de una mayor cantidad de velamen o de una mayor cantidad de lastre en el equilibrio del navío social. Los uno preferían la rapidez, los otros la seguridad en el **avance hacia el porvenir.**

Era difícil precisar ese porvenir. En el paraíso de todas las creencias hay siempre algo de indefinible y vago. Son las deformidades de la tierra que se deja, lo que se ve mejor.

¿Significa ese movimiento **de avance, únicamente** la disolución del alma cultural europea como la que precedió al derrumbe de la civilización greco-romana, o encierra **además** el germen de una cultura más perfecta? He aquí sin duda el más hondo problema de la filosofía social contemporánea: pero su solución no pertenece **todavía a la historia**, la que hasta hoy nunca ha sido ciencia profética.

Lo que sí es un hecho, es que el espíritu de los tiempos modernos encierra la negación gradual y progresiva de las creencias, filosofías e instituciones del pasado, y que, a lo menos bajo ese aspecto, significa la lucha contra todas las fuerzas espirituales de la tradición: la Iglesia, la monarquía, la organización jerárquica de la sociedad, el antiguo concepto de familia y propiedad, etc.

Existe un paralelismo lógico, un parentesco espiritual

innegable, entre las diversas manifestaciones de ese movimiento de avance, ya sean ellas religiosas, filosóficas o sociales. Sus etapas se corresponden las unas con las otras y las del mismo significado y transcendencia **son casi contemporáneas**. He tenido la curiosidad de encerrar algunas de ellas en una especie de cuadro sinóptico que muestra en mi opinión esa analogía, con bastante claridad.

Primera etapa: Idea religiosa del cristianismo integral: un solo Dios-Providencia, transcendente, creador y conservador del Universo; metafísica espiritualista y cristiana (Leibnitz, Descartes); monarquía absoluta de derecho divino: unión del altar y del trono (regalismo católico); la idea de patria identificada con el rey: imperialismo dinástico; la propiedad de toda clase (feudal eclesiástica, burguesa) inviolable y sagrada por derecho divino; el matrimonio indisoluble y consagrado por la religión, etc.

Segunda etapa: Deísmo religioso: Un Dios símbolo, no providencial; el mundo regido por leyes eternas invariables; metafísica espiritualista independiente del dogma: culto de la razón, monarquía constitucional: el rey símbolo; regalismo liberal: laicización gradual del Estado; la idea de patria identificada con el Estado-símbolo: imperialismo nacionalista; sólo la propiedad burguesa (pecuniaria) es inviolable, por derecho natural; el matrimonio, (aunque siempre indisoluble), es reducido a un contrato civil y no es ya de derecho divino, etc.

Tercera etapa: Democracia religiosa: Dios identificado con la universalidad de las cosas o con la humanidad (panteísmo y positivismo); filosofía experimental, negación de la metafísica; culto de la ciencia; divorcio absoluto de la religión y del Estado; democracia política: la soberanía reside en toda la nación (panteísmo social); la idea de patria identificada con el pueblo: pacifismo defensivo; la propiedad función social utilitaria no es ya de derecho natural, (socialismo); el matrimonio no es ya indisoluble, (divorcio), etc.

Cuarta etapa: Ateísmo: negación religiosa absoluta; escepticismo filosófico también absoluto; negación de la filosofía; culto de los instintos naturales, anarquismo: ne-

gación del Estado; pacifismo absoluto: negación de la patria; negación de la propiedad (comunismo): unión libre: negación del matrimonio, etc.

En cada una de las etapas, cuya sinopsis acaba de leerse, se han agrupado creencias, ideas filosóficas, instituciones políticas o sociales, para mostrar junto con los cambios que ha ido experimentando el alma de la cultura europea, el reflejo de esos cambios en la estructura material de la sociedad, en las costumbres y en las leyes. El paralelismo es evidente: se trata sin duda de un solo movimiento espiritual que, aunque lo consideremos negativo, es en su esencia de índole **religiosa**. El alma colectiva de la sociedad se ha ido transformando o demoliendo; las reformas políticas o civiles no son sino efectos de esa honda revolución moral.

No se trata aquí sólo de luchas más o menos accidentales, entre intereses o castas, de principios divergentes en técnica constitucional. Lo que vemos es la rebeldía del alma de la cultura contra su pasado, esto es, un fenómeno de carácter universal, que se deja sentir en todos los espíritus consciente o inconscientemente: el ignorante lo experimenta como el sabio, el grande como el pequeño.

En balde los hombres de Estado, los filósofos, los doctores, protestaban contra la intromisión de los problemas religiosos en la política, y la atribuían a la ignorancia o a las pasiones, al interés malsano de los agitadores y arribistas, a estos o aquellos accidentes históricos. El movimiento que **a todos los llevaba por un mismo rumbo**, no era ni podía ser comprendido por todos de la misma manera, ni bajo el mismo aspecto; pero, los conceptos económicos o jurídicos del estadista burgués y las pasiones religiosas o sociales del vulgo, son manifestaciones **paralelas de un mismo espíritu: el del siglo XIX**.

Las masas, y en especial la clase media, se habían ido lentamente empapando en ese espíritu, y aunque lo sentían en forma diversa que los aristócratas y los doctos, no por eso fué en ellas el movimiento general menos perceptible. En Chile, los anhelos de libertad política de democracia constitucional no parece que hayan penetrado hondamente hasta el pueblo en la época clásica del liberalismo. El examen de la

literatura popular o semi-popular de esos tiempos, la misma marcha de los fenómenos históricos, parecen indicar, por el contrario, que, como ya antes he dicho, fué el aspecto religioso de la revolución de los tiempos modernos. el primero en democratizarse aquí: la lucha de clases, el odio a la vieja organización jerárquica de la sociedad sólo vinieron a en-enderse mucho más tarde.

Antes de la cuestión del sacristán, eran visibles, y ya lo hemos recordado, aunque en forma esporádica e inorgánica, los síntomas de esa rebeldía teológica que formará por algunos lustros, el alma de la religión liberal en Chile; pero sólo a partir de 1861, comienza ese movimiento espiritual a ejercer una acción indirecta pero eficaz en la marcha de la política. Los estadistas habrán de contar con él en adelante.

Fué en el período de Pérez cuando instintivamente el vulgo comenzó a clasificar a los hombres y a los partidos sobre la base de su actitud teológica. La "Alianza" realizada por Errázuriz en 1875, respondía a un movimiento en cierto modo popular; vino de abajo; fué aceptado arriba.



La fusión y el liberalismo espiritual

Demos una ojeada a la situación del Gobierno hacia la época en que el liberalismo "espiritual" comenzó a convertirse en una fuerza política más o menos popular.

La fusión liberal-conservadora gobernaba con el Presidente Pérez. Sus elementos eran bastante afines, y, en todo caso, mucho más de lo que aparecieron algunos años más tarde, cuando el nuevo doctrinarismo tomó consistencia en la opinión. Tocornal era el jefe indiscutible de la derecha: su moderación y desinterés le aseguraban, además, la deferencia respetuosa de los liberales. El Presidente no tuvo que esforzarse mucho para mantener bastante disciplina entre los círculos que servían de base a su Gobierno; además, el mie-

do a un cambio de frente que entregase el poder a los nacionales, contribuyó con mucho a estrechar las filas del fusionismo.

Los adversarios del Gobierno eran de dos clases: por una parte, los nacionales que, a pesar de algunas defecciones, continuaron manteniendo una fuerte mayoría en el Congreso hasta las elecciones de 1864; por la otra, los "radicales" que así comenzó a llamarse un círculo de intelectuales batalladores, cuyas ideas, bien definidas, tendían a la realización completa del programa del liberalismo "espiritual". Luchaban éstos no sólo contra la tradición política, sino también contra la religiosa. En concepto de ellos, la República no debía tener otra base que la voluntad del pueblo, moralmente emancipado, libre de las amarras espirituales que lo ataban a la Iglesia, a la autoridad tradicional, al viejo sentimiento jerárquico, a los vestigios de la colonia, en una palabra.

Era necesario sacudir de los hombros del país "el peso de la noche".

Pero la masa de la juventud oligárquica comenzó a figurar de preferencia en el círculo gobiernista más moderado: entre los liberales. Los conservadores contaban con pocos hombres nuevos; sus antiguos caudillos habían envejecido políticamente antes de tiempo, o al menos no comulgaban con el espíritu de la fusión sino hasta cierto punto.

Muerto Tocornal, el partido conservador quedó como decapitado: su verdadero jefe fué en adelante un liberal: don Federico Errázuriz.

Este fué el hombre de la fusión: el que mejor la representaba. El y Santa María habían luchado desde 1849 a la cabeza de la fronda whig y aristocrática, y entre ambos se empeñó muy luego una competencia de antecámara por el predominio en el Gobierno; pero la deferencia de los conservadores inclinó la balanza en favor del sobrino del Arzobispo, del doctor en teología, del fervoroso católico, del hombre que parecía más empeñado por convicción e interés, en mantener en su integridad la alianza fusionista y el ostracismo de los aborrecidos nacionales.

Cuando en 1864, la guerra de España trajo la renun-

cia de Tocornal, Santa María creyó llegada su hora; pero el Presidente lo pospuso a Covarrubias, y, cuando el prestigio de éste se hubo debilitado, el poder fué cayendo poco a poco en el círculo errazurista. Alrededor de su jefe fueron agrupándose los hombres más decididos del fusionismo, y en particular los ultramontanos.

Santa María se retiró a maniobrar en la sombra, sin cometer la torpeza de manifestar abiertamente su desagrado, y en la esperanza de que tarde o temprano los errores de sus émulos le darían ocasión para el desquite.

Creó encontrarla en 1868. Ese año, famoso en nuestros anales políticos, la fracción más intemperante del fusionismo, dirigida por Errázuriz, intentó apoderarse del poder judicial, último baluarte de los nacionales.

La Corte Suprema fué acusada ante la Cámara; y, después de tormentosos debates, la mayoría de ésta aceptó la acusación. Al Senado correspondía decidir.

Este golpe de audacia produjo los primeros síntomas de desunión en los círculos gobiernistas. Los ultramontanos y sus más fieles aliados los errazuristas, figuraron en la primera línea de los acusadores; los hombres de otro espíritu, desde los conservadores tradicionales hasta los liberales empapados en el nuevo espíritu anticlerical, se pusieron, en cambio, del lado de los nacionales.

El presidente de la Cámara de Diputados, don Miguel Luis Amunátegui, y el del Senado, don Rafael Larraín Moxó, estuvieron por una política de templanza.

La acción del segundo contribuyó sobre todo al fracaso de la acusación. Era curioso cómo el antiguo espíritu pelucón y el del liberalismo nuevo, que ambos presidentes personalizaban, se encontraron este vez de acuerdo.

La acusación de la Corte tuvo el privilegio de formar frente al Gobierno una fronda cuyo único lazo real de unión era la hostilidad al predominio de Errázuriz; pero, en el fondo de las cosas, fué entonces cuando se encendió verdaderamente una campaña de opinión pública contra el clericalismo. Los radicales ya no estaban solos. El interés político dió alas a la campaña antirreligiosa. Un diluvio de publicaciones periódicas y de folletos de propaganda se des-

cargó sobre el país: se creía haber encontrado una fuerza ideológica popular que oponer al fusionismo y al Gobierno. La juventud y los hombres nuevos levantados por el anterior decenio, comenzaban a comulgar con los "rojos" de 1859 y 1863. Dentro de la propia fusión, el liberalismo "espiritual" de los Amunátegui, y el tradicionalismo político, encarnado en los Larraín Moxó y los Santa María, iban sublevándose, aunque en forma tímida. Fué verdaderamente una crisis. Un poder nuevo se levantaba: el de la opinión "laica", el del nuevo liberalismo, con raíces viejas en todo el país. La acusación a la Corte había dado fuego a muchos combustibles acumulados desde antaño.

Don José Joaquín Pérez no era hombre de afrontar tempestades. No había aprobado la empresa de sus fieles amigos de la fusión y, si les dejó hacer, no fué sin repugnancia. Se encontraba ahora, sin quererlo, frente a un país dividido por odios profundos; ante una campaña religiosa perturbadora; blanco de resistencias en el elemento intelectual; condenado por muchos de sus mejores aliados de otro tiempo; la paz que soñara convertida en guerra de las conciencias. Quizá experimentó el temor de ver reproducirse aquí esas persecuciones sectarias que tantas veces han ensangrentado el suelo de la América Española.

El fracaso de la acusación de la Corte ante el Senado acabó por decidirle; pero no era fácil escoger el rumbo en esa sociedad perturbada. ¿Adónde volver los ojos? los nacionales sólo veían en él a un traidor; el radicalismo era débil y resistido por la gran masa social, sobre todo por la aristocracia, la única fuerza política de entonces; sólo le quedaba la izquierda fusionista no comprometida en la acusación: don Miguel Luis Amunátegui fué llamado a organizar el ministerio.

Este nombramiento era ya en sí mismo una revolución. ¿Quién era el Gobierno? ¿El fusionismo encarnado en Errázuriz? No... ¿La oposición? Tampoco. El Gobierno parecía querer independizarse de los bandos en lucha... Iba hasta cierto punto a dejar hacer. El país quedaba en cierto modo entregado a sí mismo. Acostumbrado estaba a obe-

decer al Gobierno; pero ahora no era fácil adivinar hacia qué lado se inclinaba el Gobierno.

Esta circunstancia dió a los círculos políticos de Santiago una fuerza que nunca tuvieron hasta entonces. Maniobrando con habilidad cualquiera de ellos podía transformarse en poder.

Los nacionales constituían sin duda el elemento más poderoso entre los que, siendo hostiles a Errázuriz y al fusionismo, estaban en condiciones de aprovechar el movimiento espiritual que agitaba a la República. Sus elementos más jóvenes iban derecho en esa dirección; los viejos no se sentían, en cambio, inclinados a formar en el centro de una campaña teológica con fines radicales. Unos y otros se habrían encontrado, además, con la resistencia del Presidente. Era pedir demasiado a don Joaquín Pérez, el que terminara su período con una evolución diametralmente opuesta a la de 1862.

Con un poco de energía y audacia, Amunátegui pudo entonces adelantar por algunos años la alianza de 1875; pero prefirió encerrarse en una prudente abstención y continuó oscilando entre el fusionismo y la coalición opositora.

Don Domingo Santa María, personaje siempre escéptico en cuanto a movimientos de opinión, encabezaba entonces a un pequeño grupo, llamado de los "políticos", para quienes lo esencial era ganarse la voluntad de Pérez, en pleito con Errázuriz y la fusión. Ese grupo había halagado a la vez a los nacionales, y a los conservadores de antigua tradición. Su candidato era Larraín Moxó, popular en la izquierda y entre los nacionales, desde su actitud frente a la acusación de la Corte, de cepa y filiación conservadora, aunque al estilo antiguo, y no mal quisto del Presidente. Pero, en 1868 y 1870 no había ya atmósfera para el viejo conservantismo laico. Una candidatura como la de Larraín Moxó pudo ser el triunfo para los enemigos de Errázuriz; pero pocos supieron comprenderlo. Las pasiones clericales preferían a Errázuriz; los nacionales, a un correligionario político; y para el liberalismo nuevo tampoco era el ideal una candidatura pelucona.

Gracias a esta confusión y a la sincera prescindencia del

Gobierno, que no quiso intervenir, se produjo en Chile un fenómeno nuevo; las elecciones parlamentarias de 1870 no sólo fueron materialmente libres como todas las anteriores, pero apenas si se sintió en ellas la influencia moral del poder. La fusión triunfó por el peso de la noche, por el poder del hábito, porque nadie era más Gobierno que ella. La oposición obtuvo, sin embargo, un tercio de la Cámara. Hasta después de 1891 no volvería a repetirse ni de cerca ni de lejos un fenómeno semejante.

Estos fenómenos revelaban, sin embargo, la existencia de una poderosa fuerza espiritual de carácter nuevo. El liberalismo doctrinario, el espíritu laico, la resistencia anticlerical habían ganado su primera victoria. Era ya fácil adivinar cuál sería el secreto del porvenir.